



Solemnidad de la Inmaculada

8 Diciembre 2007

En medio de la oscuridad y del pecado, que envolvía a la humanidad, Dios hizo la primera promesa de Victoria, que surgiría de la misma descendencia de Eva (Gen 3,15).

Los profetas anunciaron después que esta promesa se habría de realizar en la Virgen que dará a luz al Hijo que se llamará Emmanuel (Is 7, 14; Miq. 5,2-3; Mt 1,22-23).

Estas promesas encontraron su cumplimiento en María, la Virgen de Nazaret llena de gracia, predestinada por Dios a ser “toda santa e inmune a toda mancha de pecado, como formada por el Espíritu Santo y hecha una nueva creatura” (LG 56), que fue elegida “entre los humildes y pobres del Señor, que de él esperaron con confianza la salvación” (LG 55).

Así llegaba para la humanidad la plenitud de los tiempos. Con la concepción inmaculada de María comenzaba a despuntar la aurora del nuevo día de la Gracia, que llegaría a ser luminoso mediodía y plenitud del tiempo cuando el Hijo de Dios toma carne en el seno de María para hacerla humanidad perfecta por obra del Espíritu Santo.

Pobre y libre de espíritu, humilde y confiada ante Dios, con las manos limpias y abiertas al regalo de Dios, María, la hija más digna de la humanidad, acepta la palabra divina y abraza la voluntad salvadora de Dios, con un corazón oyente, disponible, generoso y entregado por entero, que no es rehén ni está dividido ni ensombrecido por el pecado. Llena de gracia, pudo proclamar su programa: “He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu Palabra” (Lc 1,38).

Como esclava del Señor, y en fidelidad a su Palabra, fue libre para darse del todo y se consagró totalmente a la obra de su Hijo, siempre unida a Él, por la gracia del Dios Altísimo, para quien nada hay imposible. **Así es María figura de la Iglesia que se entrega al Señor.**

La Virgen María, que por el anuncio del Ángel “recibió en su corazón y en su cuerpo al Verbo de Dios”, entregando a este mismo Hijo, “entregó la vida al mundo” (LG 53), “derramó sobre el mundo la vida que renueva todas las cosas” (LG 56).

María sigue ofreciendo a los hombres la Vida que llevó en su seno y dio a luz como luz del mundo y esperanza de los pueblos. Ella nos presenta a su Hijo Jesús en todos los misterios de su vida, que ella guardó y meditó en su corazón, para que, como



Hijo de Dios, sea el fundamento firme y permanente de nuestra esperanza. La Virgen Madre nos ofrece a Jesús Salvador:

- Oculto en su seno, caminando a visitar a Isabel y al encuentro con Juan, que saltó de alegría (Lc 1.39-45).
- Acunado en el pesebre, irradiando su paz al establo y a toda la tierra (Lc 2, 1-14).
- En el trono de su regazo lo muestra a los pastores que vienen de cerca (Lc 2,15-20) y a los Magos que vienen de lejos (Mt 2, 12) para ser adorado por todos como rey de paz e iniciar la reunión universal de los hermanos dispersos.
- En el Templo de Jerusalén lo presenta al pueblo de la promesa y deja que Simeón lo ensalce en sus brazos como luz de las naciones y gloria del pueblo de Israel (Lc 2, 25-32).
- En la boda de Caná de Galilea nos enseña a acudir a él, para que hagamos lo que él nos diga (Jn 2,1-11).
- En el Gólgota compartió la pasión de su Hijo, “se asoció con corazón de Madre a su sacrificio” (LG 58) y nos acogió como hijos en lugar de su Hijo. Ella reconoce como hijos a todos por los que su Hijo entregó su vida.
- Reunida en oración con los apóstoles nos indica cómo abrir el corazón para acoger el fuego del Espíritu y salir luego a incendiar el mundo con el fuego del Evangelio (Hech 1, 12-14).
- Enaltecida “por el Señor como reina del universo, para asemejarse... a su Hijo, Señor de los que dominan (Ap 19,16) y vencedor del pecado y de la muerte” (LG 59), intercede por nosotros.

La Iglesia está llamada a caminar como María llevando al Señor y entregándole a los hombres hasta el fin del mundo. **María es la figura de la Iglesia que entrega a los hombres el Hijo de Dios Salvador.**

María, siendo Madre, es también signo de esperanza. Como las madres, María no sólo da la vida sino que acompaña: “Una vez recibida en los cielos, no dejó su oficio de salvación, sino que continúa alcanzándonos, por su múltiple intercesión, los dones de la eterna salvación. Con su amor de madre cuida de los hermanos de su Hijo que peregrinan y se debaten entre peligros y angustias y luchan contra el pecado hasta que sean llevados a la patria feliz” (LG 62).



Carlos López Hernández

La mujer fuerte que conoció la pobreza y el sufrimiento, la huída y el exilio (Mt 2,13-23), “es consuelo y esperanza del pueblo peregrino todavía en la tierra” (Prefacio de la Asunción). La Virgen María “no defrauda esperanza alguna profunda de los hombres de nuestro tiempo y les ofrece el modelo perfecto de discípulo del Señor: artífice de la ciudad terrena y temporal, pero peregrino diligente hacia la celeste y eterna; promotor de la justicia que libera al oprimido y de la caridad que socorre al necesitado, pero, sobre todo, testigo activo del amor que edifica a Cristo en los corazones” (MC 38)

María nos guía en el camino hacia Cristo para que seamos enriquecidos en él con todos los bienes espirituales y celestiales, que nos hacen santos e irreprochables ante Dios por el amor. Ella nos lleva a su Hijo para que heredemos en él por gracia la Vida de los hijos de Dios, que sea en nosotros alabanza de su gloria y fundamento de nuestra esperanza de heredar también la Vida eterna.

María es mediadora, abogada, auxiliadora y socorro nuestro. “Es la imagen y el principio de la Iglesia que ha de ser consumada en el siglo futuro. Así en la tierra, hasta que llegue el día del Señor (2 Pe 3,10), antecede con su luz al pueblo peregrinante de Dios, como signo de esperanza segura y de consuelo” (LG 68).

En el Adviento de la Iglesia y de la humanidad, **la Virgen María es Madre de amor y signo de esperanza.**